

MIS ENEMIGOS SON LOS GRANDES PENSADORES

—GERALD STIEG—

Conocido es el hecho de que Elias Canetti, el reciente y hasta sorprendente Premio Nobel de Literatura, no concede entrevistas con facilidad. Escasos son los periodistas que han conseguido llegar a él y lograr que se explayase sobre cuestiones que podrían ser de interés general. Uno de los afortunados fue Gerald Stieg, quien mantuvo una larga charla con el novelista y cuyos resultados aparecieron en *Austriaca* (Cahiers universitaires d'information sur l'Autriche), en un número especial dedicado a Canetti con motivo de su 75º aniversario. Al ser concebida para un público de habla principalmente francesa, y como el propio autor de la entrevista específica en su breve introducción, es el tema de «Canetti y Francia» el eje vertebrador sobre el que gira la conversación, aunque ello no es óbice para que el creador de *Auto de fe* y *Masa y Poder* demuestre una pasmosa erudición en la sutileza y brillantez de sus respuestas. Creemos, pues, que la entrevista tiene un sentido, además de entrañable, profundamente testimonial. Y no olvidamos que en este país, hace apenas un año, cuando en el primer número de nuestra revista le dedicábamos a Canetti un extenso artículo, más a modo de homenaje que puramente informativo, pocos eran los medios de información que se dignaban prestar siquiera una mínima parte de su interés hacia la obra —no prolífica pero sí rigurosa y apasionante— del autor de origen sefardi, publicada en su totalidad por Muchnik Editores, de Barcelona, en un esfuerzo digno de elogio que, deseamos, ahora se vea recompensado con creces. Para el próximo año se espera la aparición de la segunda parte de su autobiografía —la primera ya apareció con el título de *La lengua absuelta*— y que se titulará *La antorcha al oído*. Por otra parte corren rumores que incitan a pensar que Canetti se encuentra trabajando afanosamente en un nuevo libro, aunque de momento los editores alemanes parecen no querer soltar prenda sobre lo que está urdiendo ese increíble personaje con un algo de ratonil en la cara y el alma —seguro— muy, muy grande. La circunstancia de que a Canetti le haya sido otorgado el Premio Nobel de Literatura indica que por allí arriba, en los países nórdicos, empiezan a tomarse las cosas en serio. Borges y algún otro quizá sufran pesadillas fugaces por esta concesión, pero también es cierto que las cenizas de Peter Kien brincarán alborozadas una vez más, tal vez la última.

Esta conversación se llevó a cabo el 7 de diciembre de 1979 en Zurich y más tarde quedó completada por medio de la correspondencia. Las preguntas planteadas se limitan al tema Canetti y Francia, lo que no es más que el resultado del carácter de nuestra revista. La reproducción escrita de sus palabras que, además, hubieron de ser traducidas, no ofrece más que una débil idea de la vivacidad oral de Canetti. Por ello mismo, el texto en cuestión sólo es el eco atenuado de la conversación preparatoria que se desarrolló al abrigo de la oreja indiscreta del magnetofón. Es posible que algunos lectores se asombren del carácter abstracto de este texto: es premeditado. En efecto, sólo un texto así deja al lector ese espacio de reflexión personal que está siendo constantemente recortado por nuestro sistema de información.

—Elias Canetti, ¿podría hablarnos de sus lazos personales con Francia?

—Sí. Mis vínculos personales con Francia se reducen, de hecho, a mis relaciones con mi hermano menor. Se marchó a Francia cuando era pequeño, permaneció allí y se convirtió en un verdadero francés; fue médico y bacteriólogo y trabajó en el Instituto Pasteur desde que terminó la carrera hasta su muerte. Era tan francés que encarnaba para mí todo aquello que era francés, tanto por su espíritu como por su forma física de estar. Cada vez que yo iba a París era para visitarle. Tenía la costumbre de alojarme en su casa y, a decir verdad, fue con él con quien mantuve casi todas mis conversaciones en París. Era una persona extremadamente cultivada y no había nada que no pudiera discutir con él: los libros le resultaban tan familiares como a mí, a pesar de ser ese mi oficio y de que su profesión le ocupaba casi todo su tiempo. Además, ejerció una influencia directa sobre mis escritos. Durante el transcurso de su última enfermedad tomé

... la idea en el momento en que me encontraba en un momento de reflexión...
... el hecho de que Elias Canetti, el reciente y hasta sorprendente Premio Nobel de Literatura, no concede entrevistas con facilidad...
... el eje vertebrador sobre el que gira la conversación...
... el carácter de nuestra revista...
... la reproducción escrita de sus palabras...
... la débil idea de la vivacidad oral de Canetti...
... el eco atenuado de la conversación preparatoria...
... el espacio de reflexión personal que está siendo constantemente recortado por nuestro sistema de información...
... ¿podría hablarnos de sus lazos personales con Francia?...
... Sí. Mis vínculos personales con Francia se reducen, de hecho, a mis relaciones con mi hermano menor...
... Se marchó a Francia cuando era pequeño, permaneció allí y se convirtió en un verdadero francés...
... fue médico y bacteriólogo y trabajó en el Instituto Pasteur desde que terminó la carrera hasta su muerte...
... Era tan francés que encarnaba para mí todo aquello que era francés, tanto por su espíritu como por su forma física de estar...
... Cada vez que yo iba a París era para visitarle...
... Tenía la costumbre de alojarme en su casa y, a decir verdad, fue con él con quien mantuve casi todas mis conversaciones en París...
... Era una persona extremadamente cultivada y no había nada que no pudiera discutir con él...
... los libros le resultaban tan familiares como a mí, a pesar de ser ese mi oficio y de que su profesión le ocupaba casi todo su tiempo...
... Además, ejerció una influencia directa sobre mis escritos...
... Durante el transcurso de su última enfermedad tomé

... la idea en el momento en que me encontraba en un momento de reflexión...
... el hecho de que Elias Canetti, el reciente y hasta sorprendente Premio Nobel de Literatura, no concede entrevistas con facilidad...
... el eje vertebrador sobre el que gira la conversación...
... el carácter de nuestra revista...
... la reproducción escrita de sus palabras...
... la débil idea de la vivacidad oral de Canetti...
... el eco atenuado de la conversación preparatoria...
... el espacio de reflexión personal que está siendo constantemente recortado por nuestro sistema de información...
... ¿podría hablarnos de sus lazos personales con Francia?...
... Sí. Mis vínculos personales con Francia se reducen, de hecho, a mis relaciones con mi hermano menor...
... Se marchó a Francia cuando era pequeño, permaneció allí y se convirtió en un verdadero francés...
... fue médico y bacteriólogo y trabajó en el Instituto Pasteur desde que terminó la carrera hasta su muerte...
... Era tan francés que encarnaba para mí todo aquello que era francés, tanto por su espíritu como por su forma física de estar...
... Cada vez que yo iba a París era para visitarle...
... Tenía la costumbre de alojarme en su casa y, a decir verdad, fue con él con quien mantuve casi todas mis conversaciones en París...
... Era una persona extremadamente cultivada y no había nada que no pudiera discutir con él...
... los libros le resultaban tan familiares como a mí, a pesar de ser ese mi oficio y de que su profesión le ocupaba casi todo su tiempo...
... Además, ejerció una influencia directa sobre mis escritos...
... Durante el transcurso de su última enfermedad tomé

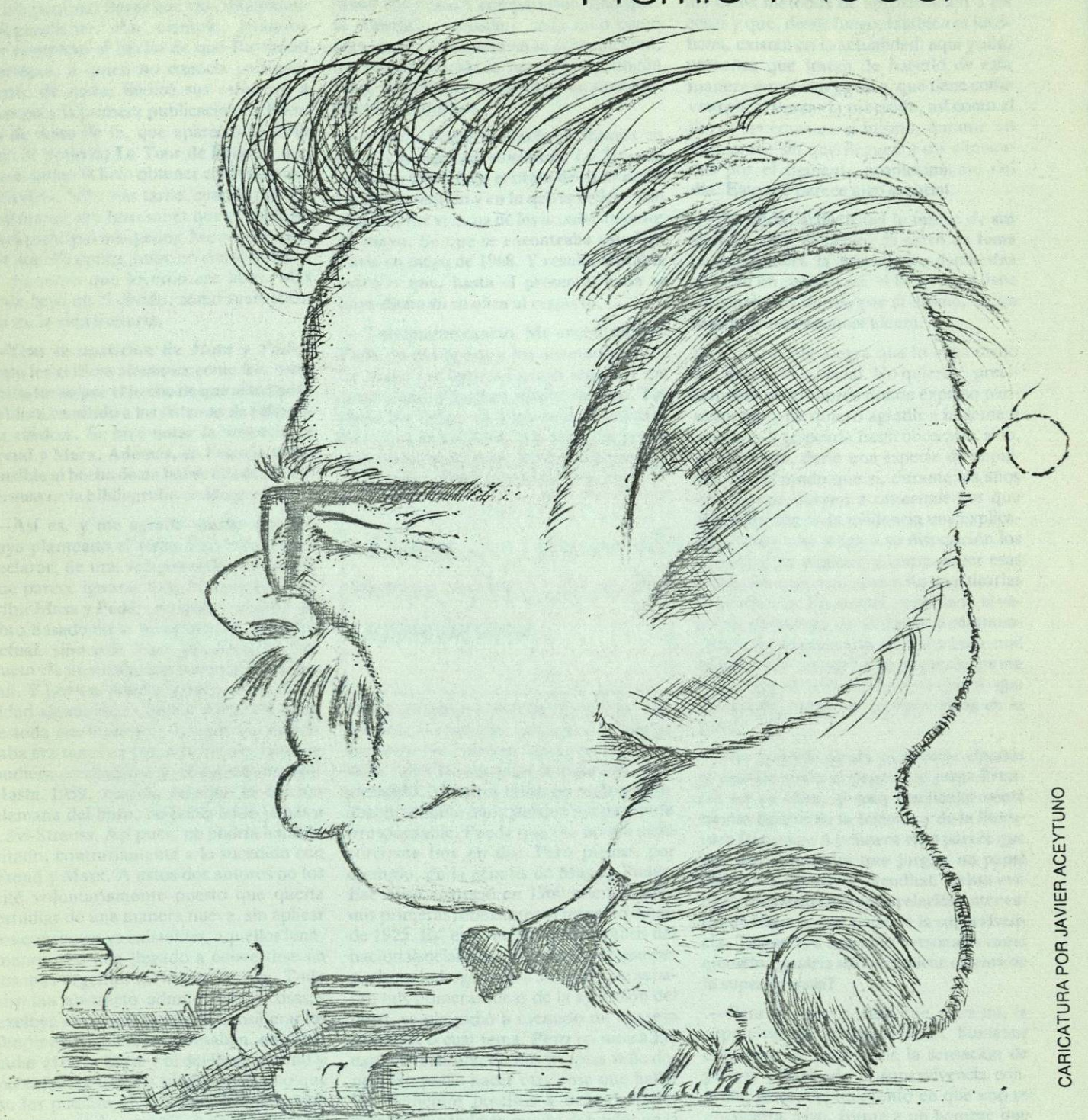
... la idea en el momento en que me encontraba en un momento de reflexión...
... el hecho de que Elias Canetti, el reciente y hasta sorprendente Premio Nobel de Literatura, no concede entrevistas con facilidad...
... el eje vertebrador sobre el que gira la conversación...
... el carácter de nuestra revista...
... la reproducción escrita de sus palabras...
... la débil idea de la vivacidad oral de Canetti...
... el eco atenuado de la conversación preparatoria...
... el espacio de reflexión personal que está siendo constantemente recortado por nuestro sistema de información...
... ¿podría hablarnos de sus lazos personales con Francia?...
... Sí. Mis vínculos personales con Francia se reducen, de hecho, a mis relaciones con mi hermano menor...
... Se marchó a Francia cuando era pequeño, permaneció allí y se convirtió en un verdadero francés...
... fue médico y bacteriólogo y trabajó en el Instituto Pasteur desde que terminó la carrera hasta su muerte...
... Era tan francés que encarnaba para mí todo aquello que era francés, tanto por su espíritu como por su forma física de estar...
... Cada vez que yo iba a París era para visitarle...
... Tenía la costumbre de alojarme en su casa y, a decir verdad, fue con él con quien mantuve casi todas mis conversaciones en París...
... Era una persona extremadamente cultivada y no había nada que no pudiera discutir con él...
... los libros le resultaban tan familiares como a mí, a pesar de ser ese mi oficio y de que su profesión le ocupaba casi todo su tiempo...
... Además, ejerció una influencia directa sobre mis escritos...
... Durante el transcurso de su última enfermedad tomé

104 BUIO EF SIGMO DE AVLOKMO

105 IV MEILE COMO BVZION

106

Entrevista con Elias Canetti, nuevo Premio Nobel.



CARICATURA POR JAVIER ACEYTUNO

la decisión de narrar nuestra infancia para él, con la esperanza de que eso pudiera ayudarlo a recobrar la salud. Tuve tiempo de hablarle de ello. El título de ese libro es *Die gerettete Zunge*. Desgraciadamente, no pude mostrarle las primeras líneas. Murió antes. Ese libro le está dedicado y no existiría sin él. Debo decir, igualmente, que tuve un hermano menor que no sólo fue para mí la encarnación de

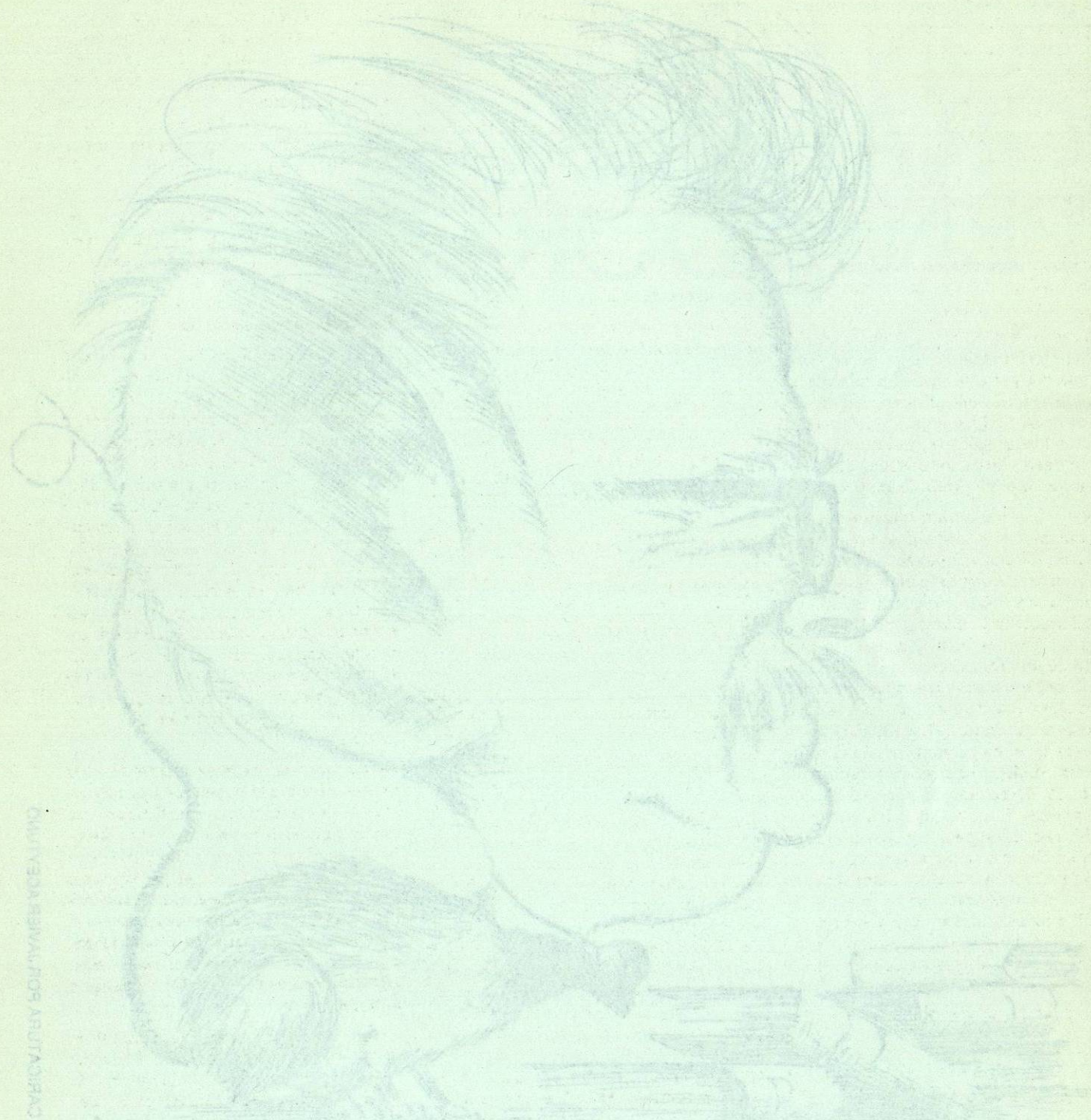
Francia, sino también la persona más importante de mi existencia (en lo que se refiere a los hombres). Desde su muerte raramente me desplazo a París. Fue una persona sobre la que ejercí mucha influencia durante su infancia, antes de que se trasladara a Francia, y ante la que, por así decirlo, ocupé el lugar de padre. Puede que sea ésta una forma poco habitual de concebir los vínculos personales con un

país pero, en este caso preciso, fue algo realmente decisivo.

—¿Mantuvo usted relaciones con los autores franceses contemporáneos?

—Lo que le he dicho anteriormente explica en parte el hecho de que no fuera ese el caso. En efecto, cuando estaba en París dedicaba mi tiempo, de modo casi exclusivo, a las conversaciones que mantenía con

Entrevista con Elias Canetti, nuevo Premio Nobel



mi hermano. No traté de encontrarme con los escritores franceses por la simple razón de que no hubiera tenido el tiempo necesario para ello. Ese afecto fraternal no me permitió llevar una vida totalmente independiente. Por ejemplo, ignoraba por completo el hecho de que Raymond Queneau, a quien no conocía personalmente de nada, dedicó sus esfuerzos a favorecer la primera publicación en Francia de *Auto de fe*, que apareció en 1949 bajo el título de *La Tour de Babel*, y que fue él quien la hizo obtener el «Prix International». Sólo más tarde, cuando nos encontramos, me hizo saber que él había sido el principal instigador. Me parece que, por aquella época, hubo un cierto número de personas que leyeron ese libro. Más tarde cayó en el olvido, como suele suceder en la vida literaria.

—Tras la aparición de *Masa y Poder*, tanto los críticos alemanes como franceses protestaron por el hecho de que usted no se hubiera remitido a los sistemas de referencia clásicos. Se hizo notar la ausencia de Freud y Marx. Además, en Francia se fue sensible al hecho de no haber citado a Lévi-Strauss en la bibliografía de *Masa y Poder*.

—Así es, y me agrada mucho que me haya planteado el tema. Eso me permite declarar, de una vez por todas, un punto que parece ignorar todo el mundo: al escribir *Masa y Poder*, no quería escribir un libro basado en la investigación científica actual, sino más bien que fuera el producto de una reflexión nueva sobre el tema. Y por esa misma razón no tuve necesidad alguna de examinar minuciosamente toda esa literatura. Lo que me importaba era tener en cuenta todo aquello que pudiera conducirme a reflexiones nuevas. Hasta 1959, cuando terminé la edición alemana del libro, no había leído jamás a Lévi-Strauss. Así pues, no podría haberlo citado, contrariamente a lo sucedido con Freud y Marx. A estos dos autores no los cité voluntariamente puesto que quería estudiar de una manera nueva, sin aplicar los conceptos ya existentes, aquellos fenómenos que han llegado a convertirse en los más urgentes de nuestra época. Todo sistema abstracto admite ciertas cosas y excluye otras. Yo pretendía considerar los fenómenos que me interesaban, en particular el de la Masa y el del Poder, como si no existiera todavía ningún concepto que se les pudiera aplicar para después, quizás, extraer de ese análisis unos conceptos nuevos que no hubieran servido hasta entonces y que no pudieran ser mal utilizados. En lo que se refiere a Lévi-Strauss fue distinto, puesto que no le conocía por aquella época. Hoy, veinte años después, lo he leído, desde luego, pero diría que fue preferible no haber tenido que recurrir a él. Ambos tenemos en común un interés apasionado por los mitos. Me he preguntado si sería posible sorprenderle

con un mito que ignorara. Pero lo que trato de hacer en esa obra es algo radicalmente diferente. No me intereso por la mitología comparativa, no pretendo acumular los mitos y compararlos, sino que, al contrario, considero cada mito como algo aparte, cada uno en su especificidad, queriendo dejarle su fuerza y, en ningún caso, debilitarlo en nombre de una abstracción científica.

—*Masa y Poder* apareció en francés en 1966, y la segunda edición de *La Tour de Babel* en 1968, bajo el título de *Auto de fe*. En cierto sentido y en lo que se refiere a su alcance, fue víctima de los acontecimientos de mayo. Sé que se encontraba usted en París en mayo de 1968. Y resulta bastante extraño que, hasta el presente, nada se haya dicho en su obra al respecto.

—Totalmente exacto. Me encontraba en París en esa época y los acontecimientos de mayo me impresionaron mucho y me preocuparon durante mucho tiempo. Todavía me ocupo de ellos en la actualidad. Pero ésa es precisamente la razón por la que no los menciono. Mi papel no consistió en expresarme acerca de toda clase de

«Hemos de superar el horror, el pecado de la supervivencia.»

acontecimientos como un periodista o un político; al contrario, yo quiero cohabitar con esos fenómenos, dejarlos madurar hasta tener la sensación de haberlos comprendido. Mientras tanto no podría decir absolutamente nada porque me parecería irresponsable. Puede que eso no sea nada corriente hoy en día. Pero piense, por ejemplo, en la génesis de *Masa y Poder*. Ese libro apareció en 1960 mientras que mis primeras reflexiones al respecto datan de 1925. Es, en lo esencial, un análisis del nacionalsocialismo. Durante todo ese período, a lo largo de los 35 años que separan mis primeras ideas de la aparición del libro, se me pidió a menudo mi consejo sobre tal o cual tema. Pero yo nunca me expresé más allá de mis propias reflexiones. No podía hacer otra cosa que hallar los elementos precisos a defender; elementos que todavía puedo defender en la actualidad. Hoy en día eso parece una excusa, aunque yo no la considero como tal. Porque me parece que esta *lentitud* es algo que se va perdiendo más y más. Se tiene la costumbre, sobre todo en Francia, de dar consejos sobre cualquier cosa en cualquier momento —no hay mas que pensar en Sartre. Por otro lado, y entre quienes se pretenden pensadores —y, desde luego, me gustaría ser uno de

ellos—, la costumbre quiere que se reflexione largamente antes de expresar un consejo sobre un tema en particular. No me parece nada malo que, junto a todos los otros métodos de aproximación a las cosas y que, desde luego, también se justifican, existan en la actualidad, aquí y allá, personas que traten de hacerlo de esta manera muy *lenta* y *grave*, que tiene como ventaja el buscar la precisión, así como el llevar las cosas en sí mismo, durante un momento, sin que lleguen a ser eliminadas por el siguiente acontecimiento del día. Esto me parece algo esencial.

—Sin duda, exige usted lo mismo de sus lectores, ¿no es cierto? Si usted no toma posición sobre la actualidad, demuestra con ello un respeto por el lector, que debe convertir sus libros, por sí mismo, en un instrumento de conocimiento.

—¡Eso es! Me alegra que lo haya dicho así. Eso es lo esencial. No quiero... precisamente en los libros donde expreso pensamientos, no quiero agredir a la gente a porrazos y golpearla hasta obcecarla, sino, al contrario, darle una especie de impulsos, de tal modo que si, durante los años que siguen, surgen acontecimientos que reclaman con toda evidencia una explicación, cada cual tenga a su disposición los medios para explicar y comprender esas cosas sin que sea necesario masticarlas previamente. En efecto, ¿cuál sería el valor de un sistema de reflexión si continuamente fuera necesario decirle a cada cual lo que debe pensar? Eso es precisamente lo que hay de triste en nuestra época, que no se deja nunca de infundir ideas en la gente.

—Me gustaría ahora plantearle algunas preguntas sobre el papel que juega Francia en su obra, y muy particularmente ciertas figuras de la historia y de la literatura francesas. A primera vista parece que hay dos personajes que juegan un papel central: Napoleón y Stendhal. Existe evidentemente una estrecha relación entre estas dos figuras y el tema de la supervivencia. Tomando a estos dos personajes como ejemplo, ¿podría usted explicar el tema de la supervivencia?

—Para ser breves, diré que, para mí, la supervivencia de otros seres humanos constituye el germen de la sensación de poder; y hablo de la supervivencia concreta, física, del momento en que uno se encuentra, vivo, frente a un hombre que yace, herido de muerte. En ese momento preciso pasan muchas cosas por la mente de un hombre; se tiene miedo de que le ocurra a uno lo mismo, y se llega incluso a encontrar razones para reaccionar con indiferencia. Pero la sensación que no tarda en afirmarse, y que no siempre confesamos, es una sensación de satisfacción, la de ser quienes continuamos con vida y no aquél a quien la muerte ha herido. Y, en